http://www.iifilologicas.unam.mx/pnovohispano/

La literatura como fuente menor para conocer la filosofía de un período. Un caso concreto: José Joaquín Fernández de Lizardi: *La Quijotita y su prima*

Fernando C. Vevia Romero
Facultad de Filosofía y Letras
Centro Internacional de Estudios Sociocríticos e Hispanoamericanos

El deseo de recobrar los monumentos de la filosofía novohispana lleva al investigador a buscar todo tipo de documentos que le ayuden en su tarea. Sabemos cuáles son esos documentos o fuentes principales. Pero además de ellas, el investigador aprovecha todo lo que puede arrojar alguna luz sobre un personaje o un libro a una doctrina. Tal es el caso de la literatura.

Pero, ¿puede asumirse sin más esclarecimiento que la literatura es una fuente para recuperar la filosofía novohispana? Por muy diversas razones, no es posible creer hoy en la transparencia del documento literario. Multitud de mediaciones dificultan la tarea de descubrir el pensamiento de un autor literario. Para corroborar esta afirmación, hemos sometido a riguroso examen un famoso texto literario de José Joaquín Fernández de Lizardi: su obra *La Quijotita y su prima*, (México, Porrúa, 1979, Col. "Sepan cuantos...".)

El primer tomo de esta obra se publicó en julio de 1818; la segunda edición, que fue la primera completa, apareció en 1832. Si nos atenemos a esas fechas puede afirmarse con María del Carmen Ruiz Castañeda lo siguiente:

> Situada en las postrimerías de la colonia y los principios de la vida independiente de México, es el producto clásico de una etapa de transformación de las ideas y de alteración de las formas literarias [pág. IX].

Anuario Saber Novohispano 1995 / Universidad Autónoma de Zacatecas

http://www.iifilologicas.unam.mx/pnovohispano/

Sin embargo el contexto interior, es decir: las referencias que proporciona el mismo texto, sitúan la obra entre 1797 y 1821, plenamente dentro del virreinato. Una de las últimas acciones de la obra, descrita en el capítulo 38, que es el penúltimo de la obra, consiste en el casamiento de la protagonista con un embaucador, al que define así el texto:

> el comandante de la ronda de capa, que tenía orden del Virrey para prender a un gachupín que habían encargado de Madrid [...] [pág. 285a].

Ese gachupín, reclamado por la justicia de España, es llevado a la real cárcel corte, examinado por el virrey en persona, procesado y enviado a Cádiz donde es ejecutado. Todo esto supone que la acción hasta el final está plenamente enmarcada dentro del virreinato. No se puede hablar de etapa de transformación desde este punto de vista del contexto interno de la obra.

La obra, prosigue la autora citada que tomo como representativa de lo que suele afirmar la crítica literaria, expone "la filosofía del autor sobre la mujer, sus valores esenciales y su papel en la sociedad". Más adelante nos preguntaremos acerca del contenido que tiene ahí la palabra "filosofía". Toda la crítica afirma también dos cosas contrarias: primera: "que Lizardi propone fórmulas pedagógicas de carácter eminentemente práctico y realista" y en segundo lugar que "su filosofía se basa sobre bases estrictamente cristianas". En resumen: se aducen la filosofía enciclopedista de su época; consejos prácticos deducidos de la experiencia cotidiana y una filosofía cristiana. Esto plantea un problema: ¿Cómo se relacionan entre sí estos tres elementos? ¿Hay un poco de cada uno? ¿Hay una jerarquía entre ellos? ¿Qué contenido concreto tiene cada uno de ellos?

Empecemos por responder a esta última pregunta, puesto que el trabajo ya ha sido realizado por los críticos, en concreto M. del Carmen Ruiz Castañeda. Destacan la obra del jesuita francés Juan Bautista Blanchard (1731-1797) titulada *La escuela de las costumbres*, traducida al español en 1797, en esa obra adapta el *Emilio* de Rousseau. Se señala además la obra de Fenelón (1651-1715) *Tratado de la educación de las hijas*,

Anuario Saber Novohispano 1995 / Universidad Autónoma de Zacatecas

http://www.iifilologicas.unam.mx/pnovohispano/

de 1687. De Antonio Leonardo Thomas (1732-1785) el *Ensayo sobre el carácter, las costumbres y el espíritu de las mujeres en los diferentes siglos*, de 1772. Están presentes también Madame de Maintenon, Joaquín Enrique Campe y sobre todo el padre Benito Jerónimo Feijóo.

No podemos estar de acuerdo, al menos en lo que se refiere a esta obra concreta, con otras afirmaciones de la crítica:

> El Pensador Mexicano forma familia con los ilustrados mexicanos que a partir de la segunda mitad del siglo XVIII se rebelan contra el principio de autoridad y la filosofía escolástica y empiezan a introducir en la Nueva España las corrientes filosóficas modernas [...] [p. XV].

No se puede afirmar eso del autor de *La Quijotita y su prima*. No hay ningún tipo de rebelión en la obra concreta que estamos estudiando. La aureola de patriota y profeta que nimba a Lizardi hace que los elogios perturben un tanto la apreciación de sus obras. Quiero reproducir el famoso prólogo de Agustín Yáñez a *El Pensador Mexicano*:

> [...] su mano nerviosa de conquistador agitó cuantos temas agitan ahora nuestras manos: el de la educación [...] el problema del indio, el de las tierras, el de la superstición; los rencores que dividen a nuestros grupos sociales, el pauperismo, la injusta distribución de la riqueza [...] las virtudes, los vicios, etc.[1]

Dado el prestigio de Agustín Yáñez pudiera parecer desmesurado nuestro intento de comprobar la veracidad de sus afirmaciones, pero es necesario hacerlo. La primera india que aparece en la obra que estudiamos, es contratada para cuidar a la protagonista cuando todavía es un bebé (nos referimos a la Quijotita). La india deja caer a la niña por descuido; su ama la golpea salvajemente, la arrastra por los suelos:

1. Citado por Álvarez, María Edmée, *Literatura mexicana e hispanoamericana*, México, Porrúa, 1979, p. 185.

Anuario Saber Novohispano 1995 / Universidad Autónoma de Zacatecas

http://www.iifilologicas.unam.mx/pnovohispano/

> Finalmente la triste muchacha se levantó del suelo toda aporreada, hecha pedazos y bañada en sangre, y tomó salir llorando de aquella funesta casa a curarse a la suya, dejando en poder de su ama su salario para siempre [p. 8b].

Esta india tenía nada más ocho años. El narrador se pone de su parte, aunque sin hacer ninguna reflexión de las que acostumbra en otras partes. La madre de la protagonista busca otras indias para cuidar a su hija:

> Unas eran soberbias, otras desvergonzadas, ésta vengativa, aquella embustera, y todas como se puede considerar [p. 9b].

Una nota más adelante escribe Lizardi:

> Muy mal hacen los que tratan a sus esclavos tiranamente. Es menester no olvidar que los esclavos y criados a salario son hijos de Dios y semejantes nuestros [p. 24b].

Lo cual es expresión de la doctrina de san Pablo del siglo I de nuestra era, pero nada tiene que ver con ideas revolucionarias.

Un poco más adelante escribe Lizardi:

> [...] los advertimos incurrir en unas boberías casi increíbles, especialmente los indios, en los que se notan unos defectos tan comunes y generales, que no parece sino que pasan por herencia de padres a hijos. Porque los indios son mesquinos, rudos, embusteros, supersticiosos, desconfiados y muchas veces borrachos y ladrones [p. 115b].

Sabemos modernamente que esto no necesariamente es el pensamiento del autor; puede ser solamente un personaje que refleja lo que piensa la sociedad. Pero el Coronel, protagonista virtuosísimo de la obra, a quien van dirigidas esas palabras no las refuta, sino que hace una aplicación indirecta de Montesquieu atribuyendo al clima, costumbres, etc., las diferencias de unos hombres a otros. Aunque aquí la diferencia habría de ser explicada dentro de un mismo país y no entre países como hacía Montesquieu.

Anuario Saber Novohispano 1995 / Universidad Autónoma de Zacatecas

http://www.iifilologicas.unam.mx/pnovohispano/

Todavía más adelante leemos:

> el pobre ranchero, el infeliz indio, el plebeyo abandonado [p. 116b].

y casi en seguida:

> y por esta verdad responde la estupidez de los indios de casi todas las provincias del reino [p. 117b].

En este caso está defendiendo al indio, pues acusa a los que no le educan.

Terminaremos este tema del indio con el capítulo 30. La protagonista se pierde en el campo y es recogida por unos indios:

> que socorrieron a su peregrina según pudieron esa noche, pues no porque eran indios les faltaban los sentimientos de caridad [p. 243b].

La caridad de los indios consistió en proporcionarle comida y ropa:

> que estaban llenos de mugre (los vestidos) y hechos pedazos [...] Pero no tuvo igual conformidad para sobrellevar el nuevo traje mucho tiempo, porque cada rato se rascaba no sin motivo y sacaba la mano habilitada de lo que no quisiera. Tanta guerra le dieron las imprudentes sabandijas [...] etc. [p. 243a].

Las citas se han alargado un poco, porque era necesario justificar por qué nos distanciamos un tanto de los juicios vertidos hasta el momento. Dada la importancia de este punto, es necesario presentar otro ejemplo. Agustín Yáñez en el prólogo mencionado citaba la injusta distribución de la riqueza, la desigualdad de las clases sociales. En este libro, y sólo en este libro, que estudiamos, escuchamos la voz no de un revolucionario o un reformador, sino de alguien que reafirma la antiquísima tesis de que la buena educación tiene como fruto el ser aceptado en la sociedad. Veamos algunos ejemplos; comenzando con una preocupación de la época (que detectamos ya en muchos libros del siglo XVII) y es el hecho de que algunas personas asciendan de categoría social. Lizardi habla exclusivamente de mujeres:

Anuario Saber Novohispano 1995 / Universidad Autónoma de Zacatecas

http://www.iifilologicas.unam.mx/pnovohispano/

> Una niña criada en la pobre o moderada fortuna de sus padres, se casa con un hombre de algunas proporciones y a los ocho días no se conoce [...] se cansa de andar a pie, etc. [p. 64a].

Asisten los protagonistas de la obra a las fiestas de una boda y en la larguísima sobremesa el señor cura afirma:

> en toda sociedad hay variedad de clases y en cada clase debe guardarse el orden que le toca, pues saliendo de él se hace cualquiera singular [p. 73a].

Ese mismo sacerdote le había dicho poco antes al Coronel, quien es portavoz evidente de las ideas de Lizardi:

> Ciertamente, señor Coronel, que las ideas de usted me parecen tan antiguas como seguras [p. 66a].

Lizardi tiene una oportunidad magnífica para defender ideas revolucionarias y modernas cuando analiza el caso de las mujeres que se ven forzadas a trabajar. Advierte con toda agudeza que el exceso de oferta hace que los precios bajen:

> Por esta razón, las que trabajan por necesidad abaten el precio de sus costuras hasta el extremo para encontrar algo qué hacer [...] De que sea tan mal pagado el trabajo de las mujeres resulta que aun las más laboriosas, no pueden sostenerse con la aguja [...] [p. 101a].

El problema tan finamente captado y explicado le lleva a Lizardi a considerar que estas mujeres y sus hijas "están a borde del precipicio", es decir, de la prostitución. Propone como solución la siguiente:

> sería de desear que todos los padres de familia, especialmente los pobres, enseñasen a sus hijas algún arte o ejercicio que fuese compatible con la delicadeza de su sexo. No encuentro yo embarazo para que las mujeres pobres, según su inclinación, se dedicasen a ser sastre,

Anuario Saber Novohispano 1995 / Universidad Autónoma de Zacatecas

http://www.iifilologicas.unam.mx/pnovohispano/

> plateras, relojeras, pintoras y aun impresoras. [...] Mas esto no quiere decir que no se apliquen las mujeres a la aguja, a la cocina y a todos los quehaceres domésticos en su primera edad. Esto fuera una herejía social [p. 101a/b].

Tenemos dificultad en valorar estas afirmaciones. Hoy día tenemos la experiencia de que pedir justicia es interpretado en muchos sectores como si uno perteneciera al partido comunista o pidiera una anarquía total e inmediata. Es muy posible que algunos lectores de Lizardi se escandalizaran y le consideraran revolucionario, hereje o pervertidor. No podemos comprobar eso con exactitud. Pero hemos de decir que en sus textos no hay nada de deseo de cambiar a la sociedad, cosa que definiría a un innovador, sino solamente de corregir algunas costumbres de las personas.

Si pasamos ahora a comentar la presencia de filosofía extranjera en la obra de Lizardi (siempre en esta única obra) encontramos lo siguiente. Las citas se concentran en los capítulos sexto y noveno. En el sexto discuten Eufrosina, madre de la protagonista, y el Coronel, defensor de las ideas lizardinas, sobre la educación de las hijas. El Coronel aconseja a su cuñada que lea al abate Blanchard en sus ratos libres y luego aumenta la recomendación a los libros de Fenelón, Arbiol, Campe y las cartas de madame de Maintenon. La cuñada contesta con otra lista de libros, calificados por el Coronel:

> unos son buenos, otros razonables y otros perniciosos y de pésimo gusto [p. 49b].

He aquí el catálogo de Eufrosina: novelas de doña María de Zayas, obras jocosas de Quevedo, *Aventuras de Gil Blas*, *La Pamela*, *Eusebio*, *Novelas sin las vocales*, *la Clara*, *la Diana enamorada*, *la Atala*, *Alejo en su casita*, *Soledades de la vida y desengaños del mundo*, *Don Quijote de la Mancha*. Desafortunadamente no se nos informa de cuáles son los buenos y cuáles los malos. Llama la atención entre los libros citados la novela de Pedro de Montengón llamada *El Eusebio*, aparecida entre 1786-1788. Fue libro

Anuario Saber Novohispano 1995 / Universidad Autónoma de Zacatecas

http://www.iifilologicas.unam.mx/pnovohispano/

prohibido por la Inquisición, lo cual le dio gran fama, haciendo que apareciera de nuevo expurgado en 1807. Entre 1807 y 1855 se sucedieron diez ediciones más. Pero no puede citarse como fuente de Lizardi dado el abismo existente entre las dos obras. Ahí sí puede probarse exhaustivamente la presencia de la filosofía de Epicteto en una adaptación muy sugestiva. Regresemos a la obra de Lizardi.

En el capítulo noveno son Buffon, Blanchard de nuevo y Fenelón, también una vez más.

En cuanto a Rousseau, que podría ser el antecedente más directo, sólo hay dos citas en el libro, mismas que transcribo a continuación:

> Con más finura y sutileza hicieron lo mismo Lutero, Calvino, Voltaire, Rousseau, Diderot y otros que escribieron llenos de contradicciones, y quizá, o sin quizá, contra lo mismo que sostenían en el fondo de sus corazones, para sostener sus opiniones y hacerse singulares, pero sin perder de vista el lisonjear el desarreglado apetito de los hombres hacia la libertad o llámese mejor libertinaje [p. 21].

No puede hacerse una mejor exposición de las líneas tradicionales de Lizardi y del rechazo a los enciclopedistas, que sólo fueron seguidos, dice el texto: "por una chusma de ignorantes".

La otra cita es más favorable:

> añadiremos algunas reflexiones juiciosas que hace a este asunto Mr. Rousseau en su *Emilio*, en donde entre tan gran número de errores muy perniciosos se hallan verdades útiles [p. 88b].

Rousseau es citado a través de libro del abate Blanchard y se refiere al punto concreto del llanto de los bebés.

¿Cómo vemos la aportación de este libro de Lizardi a la búsqueda de las fuentes de la filosofía novohispana que era nuestro objetivo?

Nuestra hipótesis es la siguiente: no se trata en realidad de una filosofía, ni siquiera de un discurso filosófico que reproduzca la filosofía de otro. Estamos ante una actitud, un modo de vida, que, ese sí, pertenece a la Ilustración en cuanto actitud cultural y al neoclasicismo, en cuanto

Anuario Saber Novohispano 1995 / Universidad Autónoma de Zacatecas

http://www.iifilologicas.unam.mx/pnovohispano/

actitud literaria. Esta actitud podía recibirse a partir de unos versos, de un artículo de periódico, de una conversación. Es la actitud de creer que los problemas del hombre son sencillos y sus soluciones sencillas, en política, en economía, en vida ciudadana, etc. Sólo basta con tener buena educación y las soluciones fluirán por sí solas.

En las obras que hoy comentamos sólo hay un momento en que se rompe la tesis del autor. Pero él no se da cuenta. Veamos despacio. La tesis de toda la obra, que refleja su optimismo dieciochesco que la Quijotita se pierde, por haber tenido una mala educación y por el contrario su prima es feliz, por haber tenido una buena educación.

Pero en el capítulo 26 de la obra, cuando el Coronel instruye a su hija para el matrimonio, hace una clasificación de los posibles maridos en cuatro clases: Es tan alta la exigencia que plantea el Coronel, que su dócil y sumisa hija se asusta: "pienso que me moriré con el deseo" (206a) dice, porque esos hombres tan buenos no existen. Entonces el Coronel afirma:

> Tampoco debes olvidar que, por desgracia, el mérito y la virtud las más veces no se conocen o se arrinconan o se persiguen. Así que, no es mucho que los hombres que poseen estas recomendables circunstancias no están siempre ni todos en disposición de comunicar a sus semejantes los efectos de su entendimiento y probidad [p. 206a].

Dice pues el narrador omnipotente que el mérito y la virtud las más veces, es decir, la mayoría de las veces, o no se conocen o se arrincona o se persiguen.

Este pasaje sería muy bueno para ejercer una deconstrucción al modo de Jacques Derrida. De modo que el narrador dedica 193 páginas a demostrar que la felicidad es producto de una buena educación y en cinco breves renglones, deja ver, la diferencia, la huella de lo otro reprimido, de la experiencia que no se quiere ver. ¿Por qué no examinar esa experiencia? ¿Por qué el narrador hace que su protagonista encuentre uno de los poquísimos hombres que reúnen esas cualidades? ¿Por qué la otra, La Quijotita, encuentra a un sinvergüenza, que confirma la tesis preconcebida del autor? ¿No es este el momento de contestar a estas preguntas, sino

Anuario Saber Novohispano 1995 / Universidad Autónoma de Zacatecas

http://www.iifilologicas.unam.mx/pnovohispano/

de mostrar que Lizardi ni se las hace, ni mucho menos las contesta. Y precisamente en eso demuestra que es hijo de su tiempo. No en un discurso filosófico determinado, sino en el deseo de felicidad a toda costa, negando para ello cualquier experiencia que lo contradiga.

La obra de Lizardi es el testimonio de una clase, grupo o estamento social cuyas convicciones son las siguientes: la depravación de la naturaleza humana (18b); la plebe como gente ordinaria y sin ningún principio (21a); una religión cuya función social es no hacer presente el misterio de Cristo, sino moderar a las pasiones, hacer desear el bien y aborrecer el mal (21a); hay un desarreglado apetito de los hombres hacia la libertad, que más bien debe ser llamado libertinaje (21b); la religión debe abandonar la ignorancia, el fanatismo y la superstición, para que no se rían los herejes (21a/b); se cita la Biblia, pero "en todo hago lo que me dicta la razón" (29b); la mujer es inferior al hombre corporalmente, por lo que debe serle sumisa, aunque éste debe tratarla como igual (*passim*); así se podría continuar señalando estas convicciones, contradictorias a veces entre sí, y que tienen orígenes culturales muy disparejos. pero hay un punto sumamente importante; ¿qué entiende por *virtud* el narrador omnipresente de la obra y, podemos suponer, que el propio Lizardi? (Y es su última obra).

"Cada miembro del Estado debe estar en aptitud de desempeñar aquellos cargos a los que ordinariamente se destinan los de su clase" (101b) (son citas exactas). "Cada individuo de la sociedad debe portarse como los demás de su clase, cuando puede hacerlo buenamente. Éste es el orden el que se invierte o por un exceso de disipación o por un abandono o mezquindad miserable" (108a). "Si todos nos contuviéramos en nuestra esfera tendríamos menos necesidades y aflicciones" (108a); "Yo quiero complacerte dándote una sola, pero inequívoca, y ésta es la sólida y verdadera virtud. El hombre que la posee es el verdadero hombre de bien, y de consiguiente, el que cumpliendo exactamente con las obligaciones que le impone su estado, se hace útil y apreciable en cualquier clase que ocupa en la sociedad" (206b); "Pudenciana sabía muy bien manejarse como mujer amada, reconociendo al mismo tiempo la superioridad de su marido y la dependencia necesaria que le constituía su inferior; y así

Anuario Saber Novohispano 1995 / Universidad Autónoma de Zacatecas

http://www.iifilologicas.unam.mx/pnovohispano/

jamás le preguntaba a dónde iba y de dónde venía; tampoco investigaba sus secretos ni le tomaba cuenta del dinero que adquiría con sus arbitrios; mucho menos se oponía a su gusto para nada, ni disipaba en lujos ni en modas el sudor de su rostro (253a); (terminamos las citas con la siguiente, que es resumen del concepto de *virtud*):

> las virtudes domésticas no son más que la práctica de las acciones útiles a la familia que vive reunida en una casa. Estas virtudes son la economía, el amor paterno, el amor conyugal, el amor filial, el amor fraternal y el cumplimiento de los deberes de amo y criado [...] La economía es una virtud, porque el que no hace ningún gasto inútil se encuentra siempre con un sobrante, que es lo que constituye la verdadera riqueza, y por este medio se proporciona [...] todo lo que es verdaderamente cómodo y útil [...] cuantos de él se rodean viven en una dulce comodidad que es la base de la felicidad humana [...] El amor paterno se explica en el cuidado continuo que tienen los padres de hacer contraer a sus hijos el hábito de todas las acciones útiles a ellos y a la sociedad [p. 268a].

Fácil es distinguir la obsesión por la utilidad. La utilidad define la virtud. Utilidad vinculada a la economía. El que sabe ser útil llega a rico; la riqueza lleva a la comodidad y ésta es la felicidad humana.

Hora es de sacar unas brevísimas conclusiones. Lo que parecía una aburrida novela sobre cómo cuidar a las niñas bien, descubre otro rostro: nos encontramos, en un México que suponíamos dormido y alejado del centro, la preocupación por afirmar el orden burgués. Es una reacción contra las alarmantes noticias de la Revolución Francesa, a la que se alude sin nombrarla a cada paso. Este discurso burgués busca aliados en la Iglesia, en la Biblia y en la razón. Nada hay de idílico, ni de paz en torno a tasas de chocolate humeante. La tentación de clasificar a Lizardi como un burgués profundo es muy grande, pero no sería científico. Es necesario leer todas sus obras, tal como las han ido publicando Irma Isabel Fernández Arias y Rosa María Palazón Mayoral en la UNAM (salió el tomo XII (1822-1824) en 1991). Sólo entonces podremos hacer ese juicio.

Pero sí creemos, salvo mejor opinión, que queda probada la tesis de

Anuario Saber Novohispano 1995 / Universidad Autónoma de Zacatecas